

## El corazón elástico de la mamá

Realmente es espantosa la guata de mi mamá- gruñía Felipe al ver cómo su hasta ahora “mamá exclusiva” criaba a “su peor enemigo” en su interior. No sabía por qué a sus papás se les había ocurrido la mala idea de traerle un hermanito. –Yo no lo pedí- reclamaba furioso cuando trataban de convencerlo que era una excelente noticia.

Así, cada mañana, mientras veía este globo crecer, más y más crecía su pena. –Ya no tendré más a mi mamá para mí- suspiraba con una tristeza que no le cabía en el corazón. A veces cuando se acomodaba sobre el vestido de su madre y sentía unas suaves patadas en sus mejillas, se atrevía a pensar por segundos que quizás Ignacio sí serviría de algo. –Lo colocaré de arquero en mis goles- soñaba mientras pensaba en su hermano próximo a llegar.

Jacinta, su mamá, estaba muy preocupada por Felipe. Sabía que era un niño muy bueno, pero que estaba sufriendo mucho y sin razón. –Cómo ayudarlo a entender que siempre lo voy a querer- le preguntó afligida a su mamá, o sea la abuela de Felipe, quien había tenido a Jacinta y a cinco hijos más. –Es muy simple hija, invítalo al viaje del “Corazón de la Mamá”- le contestó. –¿A dónde?- dijo Jacinta. –No lo recuerdas. Tú también tuviste que hacer el viaje cuando iba a nacer tu hermano Rodrigo. De pronto ella retrocedió en el tiempo y recordó esa maravillosa aventura que le había hecho desaparecer todos los miedos y tristezas de los celos, cuando era pequeña. –Y cómo hago para ir allá de nuevo, pero con Felipe. No me acuerdo del camino-. –Ah, es muy sencillo- rió la abuela. –En la noche, antes de dormir, tomen los dos una agüita de manzanilla con tres cucharaditas de azúcar y sólo en diez minutos, ya estarán ambos en camino-.

Poco después que se escondiera el sol, Jacinta y su hijo regaloneaban juntos frente a la vieja chimenea de la abuela, saboreando una tibia infusión de manzanilla muy aromática y de fuerte color dorado. Felipe, adormilado, se recostó en la guatita de su mamá y sin darse cuenta, a los pocos minutos, ya se vio en camino hacia un lugar desconocido... y maravilloso.

-Qué lugar más lindo- exclamó Felipe al ver a su mamá corriendo detrás de él, entre margaritas y yuyos amarillos, que invadía el suelo como una gran peste. Tanto así, que no había ningún lugar libre de flores; es más hasta en los más chiquitos, Felipe observó que crecían pequeñas plantas de manzanillas, también doradas y aromáticas. Sin embargo, al poco tiempo se inquietó -¿dónde estamos?- al ver que el paisaje parecía interminable. –Estamos en el Corazón de las Mamás, Felipe- contestó Jacinta sacando algunos restos de flores de su pelo. –¿Y por qué no tiene fin, mamá?- .-Justamente porque el corazón de toda mamá es infinito. Cada una de estas flores, representa el amor que se tiene por los hijos y éstas nunca se acaban-. Felipe recordó una vez más a su enemigo por venir al ver la guatita de Jacinta y contestó furioso: “No, mamá, estás equivocada. Si yo las corto todas ahora, ya no habrá más flores ni amor para nadie; quiero todo ese cariño sólo para míiiii!!!”. –Compruébalo tú mismo- lo retó mamá con ojos divertidos. Felipe se armó de fuerzas y en instantes se transformó. Era un verdadero torbellino arrasando todas las plantitas amarillas que había a su paso. Sin embargo, cuando llegó al borde del cerro y estiró sus brazos para cortar las últimas

tres flores que sobrevivían a su ataque, el paisaje se ensanchó automáticamente; como un elástico... Miles de flores preciosas aparecieron en nuevos faldeos y lomas aún más intensas. Llenó de rabia, corrió hacia el otro extremo del cerro que había dejado vacío y al tocar el borde, -Ohhhh- volvió a suceder lo mismo. Las paredes de este mundo mágico, de sólo tocarlas se agrandaban y hacían que aparecieran más prados de flores amarillas.

-No puede ser- farfullaba muy cansado de un borde a otro, logrando con ello sólo agrandar más y más la tierra cubierta de flores. -Este país está mal, mamá. Yo sé que cuando nazca Ignacio, tú sólo tendrás amor para él. No alcanzarán más para mí- declaró rendido y llorando en las rodillas de Jacinta.

Después de calmarlo con suaves palmaditas en su espalda, ella lo invitó a ir palmo a palmo tocando las paredes de este país extraño. -Realmente son elásticas mamá; cada vez que las toco se estiran más-. -Así es Felipe; así pasa con el corazón de las madres cuando va a nacer un nuevo hijo o hija. Se estira y se estira sin parar. Siempre van a haber nuevas flores, nuevo amor para dar; sin descuidar a los que nacieron antes-. Asombrado y más contento confirmó lo que tenía en su cabeza. -Entonces es tu corazón infinitamente elástico, de modo que cuando salga Ignacio de tu guatita, él y yo vamos a estirar las paredes y agrandarlo?. -Tú lo has dicho; de hecho él ya está estirando con sus patadas desde adentro y tú desde afuera- Ahh, con que en esas estaba al patear tu panza; parece que me está gustando la idea de que nazca Ignacio.

No más decir estas palabras y Jacinta presintió que algo raro sucedía. Parece que el viaje había sido más cansador de lo que ella creía y la salida del niño se había adelantado. -Vamos Felipe, parece que ya viene- murmuró conteniendo unas puntadas en su espalda.

Lo que sucedió después fue tan rápido e inesperado que Felipe, lo memorizó como una película en cámara rápida. Primero el papá nervioso corriendo de un lado a otro; luego la abuela; los doctores, la casa estaba dada vuelta. Ni supo cómo volvió del cerro de flores amarillas, pero no importó. -¿qué pasa con mamá?-, preguntaba a los grandes que corrían sin parecer verlo.

Hasta que al fin vino la calma. Todo quedó en silencio... pero sólo unos segundos, porque de pronto un llanto agudo y fuerte cruzó por la casa. Ignacio había salido. Subió las escaleras, nervioso, asustado y expectante hasta que...-¡oh, nooo, qué chico es!- dijo apenas verlo. Cómo podía tenerle rabia a algo tan chico. Se acercó un poco más mientras su madre le daba la mano calientita y cariñosa como siempre, para que le diera un beso al recién llegado. -Ven saluda a Ignacio, él te quiere saludar- le dijo Jacinta. Felipe se armó de valor y lentamente se acercó a esa pequeña criatura envuelta en géneros blancos y olorosos y cuál no sería su sorpresa al ver el pelo de su hermano. Estaba lleno de motitas amarillas y doradas, era un revoltijo de pelusas voladoras iguales a las que él había visto en el "Corazón de mamá". Su hermano también había estado ahí y sabía que Jacinta los querría infinito y para siempre. - Creo que nunca he sido más feliz en mi vida mamá- dijo con una sonrisa que le cruzaba toda la cara. -Yo tampoco- contestó ella. -yo tampoco-.